

El lenguaje de la libertad

Agnes Heller

I

Sin duda, como formulación general, declarar que ningún país puede esperar ser liberado desde fuera de sus fronteras es falso. Varios pueblos europeos fueron liberados por ejércitos extranjeros de la dictadura impuesta por la ocupación nazi. Y lo mismo ocurrió con Alemania, Italia y Japón. Después de la derrota de la revolución húngara por la intervención del ejército soviético, muchos habrían recibido con los brazos abiertos una intervención estadounidense que nunca se produjo.

Sin embargo, no es lo mismo la liberación que la libertad. La liberación proporciona la oportunidad de constituir las libertades, pero sólo la oportunidad. Una vez que se ha disfrutado de la liberación, uno puede, a su vez, aceptar otra dictadura o, alternativamente, iniciar el difícil camino que conduce a la constitución de las libertades a través del acto fundacional o de la serie de actos de esa índole que conducen al establecimiento de una democracia. Si la liberación viene de la mano de una rebelión o revolución interna, como ocurrió, por ejemplo, en Hungría en 1848, y no de una intervención extranjera, la constitución de las libertades puede tener más posibilidades de éxito. Pero no tiene por qué ser así, ya que el carácter de las fuerzas liberadoras, su «sustancia», siempre será el elemento principal. Por ejemplo, la Revolución Rusa de 1917 acabó produciendo el totalitarismo soviético, del mismo modo que el nazi fue el hijo legítimo de un proceso, por así decirlo, de revolución interna. En la política no hay normas generales, sólo historias y acontecimientos que, en uno y otro caso, siempre tienen su contexto y son contingentes. En el caso cubano y dada la situación actual, podría ser que, como la mayoría de los ponentes cubanos ha sugerido, una iniciativa de liberación sólida y procedente del interior otorgara más posibilidades de éxito a la constitución de las libertades. Pero no se puede estar seguro y los acontecimientos políticos son difíciles de predecir.

En cualquier caso, en una dictadura de tipo comunista, un período más o menos largo de lo que se denomina liberalización del sistema tiene que preceder a la revolución, o quizá conducir a un cambio pacífico de soberanía. En ese período, la élite gobernante suele perder la convicción de que tiene derecho a mandar y los súbditos comienzan a descubrir y a agrandar los agujeros del sistema, hasta que la estructura se viene abajo. Pero, como mínimo, hasta que la primera oleada de medidas liberalizadoras del sistema

no posibilite una resistencia libre de peligros extremos, no cabrá esperar más que resistencia pasiva. Suele haber una relación entre miedo y fe. Del mismo modo que en un matrimonio en el que la esposa teme a su marido y se dedica en cuerpo y alma a él, precisamente por eso, en las dictaduras, la gente, por temor a sufrir graves represalias, continuará amando y prodigando atenciones a un sistema y a un líder a los que teme. Este amor o compromiso se evapora rápidamente cuando se afloja el control del partido único. En pocos días los creyentes pueden volverse incrédulos y los amigos, enemigos, llegando incluso a olvidar lo que pensaban el día anterior.

Se ha sugerido, al menos en el caso de Cuba, que la Revolución ha sido traicionada. A esto añadiría que todas las revoluciones se traicionan. Pero una revolución puede traicionarse de dos formas diferentes. En primer lugar, por no estar a la altura de sus promesas; en segundo lugar, por producir lo contrario de lo prometido.

Hay como mínimo dos razones por las que una revolución no puede estar a la altura de sus promesas. En primer lugar, el entusiasmo, la idea de fraternidad, la disposición al sacrificio, la represión de los deseos y motivaciones egoístas e interesados, la lucha por las ideas, y la intensidad de la exaltación y la esperanza, no pueden mantenerse durante mucho tiempo. En cuanto los días laborales sustituyan a los festivos del período revolucionario, la gente comenzará a actuar con normalidad, luchando por sus intereses, pidiendo recompensas y menospreciando a los demás. Sin embargo, lo más importante es que las propias ideas perderán su brillo, se verán comprometidas por políticas pragmáticas y, hasta cierto punto, las grandes esperanzas quedarán vacías. Si la revolución se ve traicionada de esta «primera» forma, aún conservará su fuerza y su importancia, y su valor dependerá únicamente del contenido, de la «sustancia» de la revolución. En el análisis de la Revolución Americana realizado en *Sobre la revolución*, Hannah Arendt señaló que ésta era un importante ejemplo de este tipo.

Sin embargo, las revoluciones no sólo pueden verse traicionadas por un proceso de moderación, sino de inversión, término con el que aludo a una situación en la que la revolución no sólo no está a la altura de sus promesas, sino que ha producido, o más bien instituido, un orden político y social que, en términos generales, y, sobre todo en lo esencial, supone precisamente lo contrario de sus promesas. Está claro que por «lo esencial» entiendo la libertad. Si los gestos, movimientos, esperanzas y entusiasmo de una revolución generan una nueva dictadura, si se pierde la libertad en vez de ganarla, podemos hablar de traición de la revolución en el segundo sentido. Todas las revoluciones de tipo bolchevique —entre ellas también la cubana— se han visto traicionadas en este segundo sentido. Como el nazismo no había prometido libertad, sino la glorificación nacional a partir de la raza, su traición fue del primer tipo, mientras que la soviética, por repetirlo de nuevo, fue del segundo.

El ejemplo de China se ha mencionado con frecuencia, tanto en sentido positivo como negativo. Como han señalado algunos ponentes, el tamaño de

un país y su situación geográfica no son factores baladíes cuando se trata de reducir o ampliar el margen de maniobra. En la actualidad, seguramente China es un país en el que la base económica no determina la superestructura. Es una economía de libre mercado, muy competitiva y capitalista, en la que la «superestructura» política comunista se ha mantenido completamente intacta. Además, es una dictadura totalitaria.

Para plantear mi argumento con claridad, en primer lugar tengo que definir mi concepto de totalitarismo. Es una definición sencilla. Digo que los estados son totalitarios cuando la soberanía está encarnada en el partido gobernante y, por encima de todo, en una sola persona: el hombre fuerte del partido, y cuando el pluralismo es ilegal. Sin duda, el pluralismo existe, como ocurre en cualquier sociedad moderna, pero es ilegal. El partido es la fuente de todos los poderes. De ahí que cualquier decisión sobre lo que se permite o no, corresponda siempre al soberano, al «partido». En cualquier momento, la decisión del soberano puede conceder, rechazar o revocar los permisos. No hay ciudadanos sino súbditos, y éstos no tienen más derecho que el de la súplica. Pueden dirigirse al soberano y pedirle favores, que pueden concederse o negarse y que, incluso si se conceden, no dejan de ser favores. Lo más importante es que la voluntad soberana puede revocarlos, y uno nunca podrá predecir si va a ser así ni cuándo. Mañana el partido puede confiscar todas las propiedades de China, declarar un nuevo gran salto o una revolución cultural. En la actualidad, esto parece improbable, pero sigue siendo posible. Un partido totalitario puede totalizar el Estado. Un Estado totalitario puede totalizar al conjunto de la sociedad mediante el terror y la fe, simultáneamente. Sin embargo, después de cierto tiempo, cuando el poder está firmemente consolidado y los súbditos pierden fe en la posibilidad de cambio, una sociedad totalitaria puede sobrevivir sin terror o, al menos, sin un terror muy espectacular. No obstante, esto no hará que deje de ser totalitaria, aunque la vida de los súbditos pueda resultar más tolerable.

Esto me lleva al problema concreto del embargo. En el caso de un país con economía «comunista», el embargo es un paso en falso, aunque sólo sea porque, como mínimo, es una medida contraproducente. Por definición, una economía totalitaria se caracteriza por la escasez. El sistema la produce y la reproduce. El economista húngaro Janos Kornai publicó un libro muy interesante sobre este asunto. En caso de embargo, la escasez producida por el propio sistema puede atribuirse a las medidas represivas externas. La ideología de la victimización cobra impulso y apenas puede afrontarse el auténtico problema económico.

II

Todos los participantes en los debates han presupuesto, y con razón, que la sociedad cubana es una sociedad moderna. En ese caso, merece la pena referirse, aunque sea brevemente, a los principales componentes de las sociedades modernas.

En general, el sistema de dominación moderno cambió radicalmente los sistemas premodernos, en los que el lugar que ocupaban en la jerarquía social los hombres y las mujeres en virtud de su nacimiento determinaba la función que se suponía debían tener durante toda su vida. El esclavo cumplía los deberes del esclavo, su señor los de su propio rango. Sin embargo, en la estructura social moderna, será la función que uno desarrolla en la división del trabajo lo que, en última instancia, determine qué lugar ocupa en la jerarquía social. A esto se le denomina «igualdad de oportunidades» y es una idea de la modernidad que nunca estará a la altura de dicho concepto. Sin embargo, esa misma idea influye y a veces incluso determina las imaginaciones y las aspiraciones, los sueños y las ambiciones de los hombres y las mujeres modernos. Se supone que deben «hacerse a sí mismos». Todo esto puede aplicarse también a Cuba.

En el sistema de dominación moderno hay que distinguir entre los acontecimientos políticos, la estructura del sistema social y, finalmente, la tradición, que incluye la memoria cultural. Los factores primero y tercero son siempre variables, y también hay variaciones dentro del segundo. Ninguna sociedad moderna es totalmente igual a otra; por ejemplo, la modernidad europea y la norteamericana presentan diferencias esenciales, al igual que la latinoamericana y la europea. Del mismo modo, cada país también se diferencia de todos los demás. Sin embargo, esto no justifica que nos dediquemos a recalcar la singularidad, es decir, la contingencia, abandonando el análisis de los rasgos comunes de la modernidad.

Los acontecimientos políticos son contingentes y sólo pueden abordarse mediante la explicación o la interpretación. Como podrían haberse producido de otro modo, nunca hay razones suficientes para darles un sentido definitivo. Sin embargo, cuando esos acontecimientos ya se han producido, influyen en el carácter y clase de la modernidad y en los lugares y momentos precisos que los han registrado.

El sistema o estructura del mundo moderno está mucho más abierto a la comprensión de la investigación. Aquí se pueden distinguir dos componentes principales. El primero es la estructura política: la democracia, la dictadura militar, la monarquía constitucional, la autocracia, la oligarquía, el totalitarismo, etc., además de las combinaciones posibles. Todas ellas, al contrario de lo que ocurre con la monarquía, el principado o las organizaciones tribales de índole tradicional, son formas de dominación, gobiernos y regímenes modernos. Cuál de ellos se adopte y durante cuánto tiempo también dependerá —a veces, incluso, predominantemente— de acontecimientos contingentes. También éste es el caso de Cuba.

El segundo componente principal de la modernidad es la forma de distribuir los bienes y los servicios a los hombres. El mercado distribuye todo aquello que es escaso. La idea de la modernidad es un mercado que se autorregula y que normalmente llamamos capitalismo. Sin embargo, como no se tardó en descubrir, un mercado puramente autorregulado destruiría el entramado social. Esta es la razón por la que el elemento político de la

modernidad —el Estado, el gobierno, etc.— comenzó a intervenir en las operaciones del mercado y limitó sus posibilidades. A eso se le suele llamar socialismo. En una sociedad moderna que funcione adecuadamente existirán tanto el capitalismo como el socialismo. El capitalismo es revolucionario, porque es una apisonadora que, como un poder ciego, se adelanta cada vez a mayor velocidad; mientras que el socialismo es conservador, porque mantiene los vínculos humanos y sociales, las costumbres y los entornos. Ralentiza el desarrollo y, en sobredosis, conduce al estancamiento y a la escasez. La modernidad necesita ambos elementos. Lo característico del totalitarismo, cuando totaliza también a la sociedad —como ocurre en Cuba—, es que el Estado prohíbe este segundo componente de la modernidad, anula los poderes que tienen el capitalismo y el socialismo para desarrollar sus respectivos roles y, de este modo, crea un estancamiento económico bajo la apariencia de una revolución política.

La modernidad también se caracteriza por un desarrollo tecnológico constante. A la tecnología no le importan los sistemas políticos. Sin embargo, cuando las fuerzas del mercado están oprimidas, los procesos de investigación y de aplicación independientes también se ven obstaculizados.

Hubo épocas en las que se creyó que, para poder funcionar, la modernidad debía aniquilar la tradición y las memorias culturales. En realidad, esa ilusión tenía que ver con una interpretación de la ciencia y la tecnología modernas. Se consideraba que ambas se orientan al futuro y que las historias del pasado no influyen en su desarrollo. Además, como la ciencia constituye la visión predominante del mundo para la modernidad, sustituyendo en ese sentido a la religión, el mundo moderno se vería «liberado» del peso del pasado. Como he tratado de mostrar, el desarrollo científico y tecnológico no es más que un aspecto de la modernidad, y aunque cambia la vida (por ejemplo, en la educación, el hogar, la economía del tiempo, etc.), no le otorga un sentido. Y sin éste, no existe la vida humana. Las religiones no han desaparecido, y tampoco las tradiciones nacionales o locales. Además, esas tradiciones y las memorias culturales relacionadas con ellas, son una importante fuente de significado. Las tradiciones son diferentes. En varias ponencias se ha señalado que la tradición de la región caribeña también se aparta del conjunto de la latinoamericana. Además, la memoria cultural no sólo proporciona significado. Se conserva en nuestra forma de actuar y de comprender, así como en la manera de evaluar a los actores políticos. Hay, por ejemplo, países con tradición democrática, países con tradición de dictadura militar, de forma de vida aristocrática o de guerras tribales. La cuestión, que se ha planteado aquí muchas veces, es si hay que conservar dichas tradiciones en la memoria y, en ese caso, cómo. Si hay que cultivarlas o más bien abrirlas a nuevas interpretaciones históricas y, finalmente, cuáles deben realmente olvidarse. Creo que esta distinción es necesaria en todas partes, pero sólo quienes viven en una determinada cultura y comparten cierta tradición pueden distinguir entre las tradiciones que hay que cultivar, las que necesitan una reinterpretación histórica y las que es mejor olvidar.

Para establecer esa distinción se necesita un debate abierto. Esas cosas sólo pueden discutirse si hay libertad política. Esta es la razón por la que dicha libertad es un requisito imprescindible para la existencia de una relación normal con nuestra propia memoria histórica. Para analizar el lenguaje de la cultura, se necesita poder hablar el lenguaje de la libertad. ¿Cuál es el lenguaje de la libertad? El que se da cuando cualquiera que quiere utilizarlo tiene voz. Esto puede ocurrir hoy o mañana. Sin embargo, si ocurre pasado mañana, también se convertirá en tradición.



Salomé (1999).
Óleo sobre tela, 80 x 129 cm.
Foto: Suzanne Nagy.